

Entrevista con Ángel Morán, autor de *La muerte en mi menor*

Una casa llamada Novela

En algún lugar de Barcelona se gana la vida honestamente el filólogo Ángel Morán (Cádiz, 1974).

En la multinacional CHR Hansen (“*Improving food and health*”), de suplementos probióticos y biotecnológicos y leches infantiles, Ángel vende colorantes naturales. Lo hace bien. Es un buen “*product services*”. Cumple. Atiende. Acuerda. Dispara. Así se gana la vida, así se gana el dinero. Pero donde realmente trabaja Ángel no es en los cultivos para una alimentación sana. Trabaja en la novela, su cuarta entrega (“cuando me quedé sin excusas, empezó la novela”).

Después de (1) *El vuelo del alcatraz*, con las peripecias de los chicos de Erasmus (“de cuando estuve en Kingston-upon-Thames, cerca de Londres”); después de (2) *Una mosca en la pared*, centrada en una mujer que persigue su sueño a costa del amor en una insípida relación matrimonial (“de la expresión en inglés *a fly on the wall*”), y después de (3) *Palabras olvidadas entre mis apuntes de COU*, concesión a la nostalgia de la adolescencia (“vuelta a los amigos”), Ángel se despeina y se da tiempo en *La muerte en mi menor* (Ediciones Carena, 2018).

“Me gusta pensar que tengo cierto oído.”

Tiene cierto oído.

No escribe bonito.

De rostro ovalado, febril en estado de reposo –condición natural por su ejercicio apasionado a la escritura–, descansa los músculos y descansa los huesos, moviéndose más que por inercia por historias. Su mente viaja en AVE. Consagrado a la literatura desde que escribía “escenas raras” (“quería expresar algo con cierto sentido de la belleza”), ahora mismo está construyendo la casa de *La muerte en mi menor*.

“El cuerpo me pedía escribir un mundo nuevo”, destaca, y entiende que cada creación artística es una “pequeña vida en miniatura”.

Ángel ha nivelado el terreno. Se ha quitado la añoranza de su tercera novela (3), en las playas de su niñez (“con el viento desquiciado de Levante”), y se ha replanteado formas, esquemas, panoramas.

Según las normas generales de la construcción de novelas, ha descapotado, ha retirado “raíces de suelos que contengan materia orgánica, arcillas expansivas o cualquier otro material inapropiado” (de manuales de edificación).

Ha contratado la cuadrilla de paletas: españoles (Luis Landero, Miguel Delibes, José Cadalso), colombianos (Gabriel García Márquez), italianos (Umberto Eco). Y a todos les ha hecho firmar la siguiente cláusula de ejecución: “Si leer es viajar, escribir es estar en los sitios en los que se ha sido feliz”.

A continuación, ha puesto los cimientos, excavando en una historia durante meses (desde el 2015), con parones por “reposo obligatorio”, en los que tocaba el bajo con su banda de los ochenta (Abriendo paso, ahora El niño del bigote).

Se ha colocado el casco blanco y la camiseta de *Tiburón*: “Quería marcha, influido por series televisivas como *The Wire* [David Simon], maneras caleidoscópicas de contar las cosas que me maravillaban”.

Seguidamente, con la idea clara, fijada en el mapa mental con una chincheta de óptica potente, ha extendido las placas de contrapiso (partes que agrupan capítulos seriados), y ha fundido las columnas y las vigas maestras de unos personajes que empiezan a tomar cuerpo a tientos para luego erguirse y caminar (“A menudo me preguntaba de dónde vendría el principio de la vida”, escribe Mary Shelley en *Frankenstein*).

La estructura de la novela la ha rematado con placas aligeradas de argumentos, platinas embebidas de ego (atmósferas cargadas) y tensiones (caracteres contrapuestos). Acabado el esqueleto, Ángel ha empezado con la fachada, con los vidrios de las secuencias y el aluminio de los pasajes de más peso.

A partir de aquí, ha establecido las conexiones entre unos y otros, las redes que tejen los protagonistas, que el autor supervisa (torres de subestación para que respiren los buenos, salidas señalizadas para los malos, cableados de contraprestaciones en las que intervienen un sinfín de secundarios. Por ejemplo: “Hay algo en mí del personaje Teo Buendía, bróker online. Tengo algo de él en la manera en cómo despierta a su niño”). Levantados los muros, juntados los ladrillos, bailando sus dedos por el teclado de los andamios, Ángel pinta, por último, el final.

“Yo lo pienso todo en la novela y, por supuesto, sé el final.”

La casa de Ángel Morán se encuentra en la calle Mecánica.

La casa en la que ahora vive se llama *La muerte en mi menor*.

Hipoteca de 14 euros el ejemplar.

Jesús Martínez